

nuevo territorio pronto resultó estrecho, realizó su propia expansión imperial (su capital se habría trasladado así a Pachakamaq).

La parte dedicada a los incas abarca la segunda mitad del libro y está llena de datos e interpretaciones importantes; imposible resumirla aquí; baste decir que la minuciosa descripción de la guerra civil en-

tre Atahualpa y Wáskar es de lectura apasionante. Para concluir, no quier dejar de mencionar que el texto de Zanabria va avalado continuamente por referencias a la mejor bibliografía disponible, muy especialmente los cronistas, que Zanabria parece conocer a la perfección.

Agustín Seguí

## Los libros en Europa

**¿Invento o realidad? La generación española de 1898**, José Luis Bernal Muñoz, preliminar de Pío Caro Baroja, *Pre-textos*, Valencia, 1996, 167 págs.

El término «generación de 1898» ha venido suscitando polémicas desde que Ortega y Gasset lo empleara por vez primera en febrero de 1913. Obras bien conocidas, como *La invención del 98 y otros ensayos* (Gredos, Madrid, 1969), de Ricardo Gullón, han contribuido a marcar distancias en esa controversia. El estudioso José Luis Bernal Muñoz se propone ahora terciar en el inacabado debate con un punto de vista tributario del método histórico de las generaciones. Recogiendo las reflexiones de Ortega, Mannhein y Petersen, entre otros, no sólo apunta todas las posibilidades de ese método, sino que lo aplica meticulosamente al fenómeno literario que presta título a la obra. Aun reconociendo que no escasean motivos para considerar a los noventayochistas como una manifestación del modernis-

mo, Bernal cree posible demostrar que esa generación existió como tal. Para el autor, es necesario entenderla como una unidad generacional, integrada por «individuos que afrontan su circunstancia histórica común con determinadas características homogéneas, pero manteniendo posiciones personales diferentes y a menudo radicalmente opuestas» (p. 87). Las conclusiones vienen justificadas por la aplicación de los factores recogidos por el método clásico de Julius Petersen: herencia, fecha de nacimiento, elementos educativos, comunidad personal, experiencia de la generación, el guía, lenguaje de la generación y anquilosamiento de la vieja generación. Interesa tener en cuenta que los resortes del mecanismo generacionista cuentan en este caso con un defensor excelentemente documentado, que resuelve con habilidad las dificultades conceptuales del asunto, abundando en todos aquellos extremos que pueden ser objeto de duda. Por lo demás, en modo algu-

no se descubre en el libro la intención de manifestar exclusivamente una doctrina científica, pues queda abierto un diálogo provechoso que recibirá nuevas voces.

Hay aquí planteado, aparte del debate entre los saberes especializados y los interdisciplinarios, un motivo de reflexión del todo actual. En cierto sentido, como diría un semiólogo, bastante de performativo hay en la moderna lectura de aquella generación. Ese espíritu del 98, tantas veces mal invocado por políticos y periodistas de hoy, corre el riesgo de quedar simplificado en una profecía autocumplidora; un diagnóstico tan concluyente que acaba por hacerse realidad. Es su complejidad, la diversidad de sus fuentes y conclusiones, aquello que el libro de Bernal sugiere y lo que, más allá de objetivos comunes, engrandece a sus figuras.

**Sistemas de escritura**, *Geoffrey Sampson*, traducción de *Patricia Willson*, Gedisa, Barcelona, 1997, 329 págs.

Un año después de su publicación en portugués (Ática, São Paulo, 1996), aparece la edición en castellano de *Writing systems* (1985), un manual de provechosa lectura para quienes desean aproximarse a la escritura a través de los métodos de la lingüística moderna. En él, Geoffrey Sampson establece una tipología de los distintos sistemas de escritura existentes, describe su evolución e incluso llega a plantearse cuestiones de orden psicoso-

ciológico al respecto. Hay que decir que es en la segunda actividad donde el investigador revela una mayor solvencia. Entiende que la lingüística de la escritura permite desandar el camino hasta llegar cerca del origen, y así lo pretende, fijando el punto de partida en las inscripciones sumerias. Le interesa dilucidar el grado de eficacia de los sistemas, sus condicionamientos sociales y políticos, sus variaciones en función del tiempo y la dispersión geográfica; lo cual nos lleva al razonamiento teórico que sirve de clave al proceso: caso de no considerar la escritura como un fenómeno general, fijando la atención sólo en el subtipo segmental de escritura fonográfica, es lícito suponer una teoría monogenética en la que el alfabeto semítico resulta el antepasado de casi todas las escrituras alfabéticas.

Pero no queda limitado el desarrollo del tema al entorno occidental. Más interesante si cabe es lo referido acerca de tres formas de escritura orientales: el han'gul coreano, el chino y el japonés. Estudioso desde hace años de estos tres sistemas, Sampson provee una excelente guía de iniciación, útil para un primer acercamiento al complejo mundo de los ideogramas asiáticos. La escritura coreana es fonográfica, a semejanza de la familia semítica, mientras que el sistema chino es logográfico. Más complejo es el caso del japonés, pues hemos de hablar de un sistema mixto, en el que concurren dos silabarios —*katakana* y *hiragana*—

y un desbordante conjunto de *kanjis* o ideogramas. La lectura de estos últimos es básica para descubrir su significado, pues muchos tienen idéntica pronunciación; sólo la diferente disposición de los trazos permite entender de qué se habla realmente. Semejante complejidad es aliviada en Occidente por sistemas de transcripción como el Hepburn, útiles para incorporar vocablos chinos y nipones a nuestra escritura. No es ésta la única vez que el autor, profesor en la Escuela de Ciencias Cognitivas e Informática de la Universidad de Sussex, ha abordado esta complicada materia. Notables artículos como «Chinese script and the diversity of writing systems» (*Linguistics* n.32, 1994) prueban que la experiencia investigadora de Sampson sigue un curso que, a buen seguro, aportará nuevas e interesantes novedades en este tipo de estudios.

**José Antonio. La biografía no autorizada, César Vidal, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1996, 320 págs.**

Cuando Dionisio Ridruejo evoca en sus memorias la figura de José Antonio Primo de Rivera (1903-1936), lo hace bajo el epígrafe *Cómo se eleva un mito*. Ciertamente, una mayoría de sus biógrafos ha cumplido esa labor mitificadora. Aprehender en unas páginas la existencia de quien tanto odio y adoración ha suscitado es una tarea que exige, aparte de rigor al

consignar los hechos, un eje constructor bien definido. El historiador César Vidal ha elaborado una biografía curricular, con escaso margen para la conjetura, discriminando lo accesorio y logrando así una mayor profundización en la psicología humana de quien fue convertido por la propaganda franquista en modelo de comportamiento, mártir, héroe casi romántico, fantasma sin otra memoria que la perfilada por sus hagiógrafos.

Desoyendo aquellas voces que han insistido en reforzar el perfil más favorecedor del fundador de Falange, César Vidal se propone en su monografía la tarea de arrojar luz sobre aquellos aspectos más inquietantes y desconocidos de quien, seducido por el fascismo, alentó sin tregua la conspiración contra la República. Nótese que esta intención del historiador denuncia una carencia, pues apenas hay libros sobre el personaje que, a su juicio, escapen del mito popularizado en el franquismo, dato constatable incluso si se revisan los escritos que no pretenden la apología.

Vidal no ha escrito una obra de erudición, sino un texto accesible, ameno, destinado a un público no necesariamente especializado. Ello queda explicado por el lenguaje empleado y el tipo de apuntes que contextualizan cada momento de su personaje. En las páginas de este libro queda de manifiesto cómo los afanes del protagonista se encauzan siempre hacia la consecución del poder, identificando el fascismo como la gran posibilidad antirrepublicana.